

ACOPALCA Y YACYA: ORIGEN DE DOS COMUNIDADES HUARINAS

Sofía Venturoli

Yayarunas: Yacya y su pasado

Yacya, o Llaquia como indican los documentos coloniales, se presenta con una clara identidad política desde la llegada de los españoles. En la visita de Toribio de Mongrovejo, el pueblo de Yacya se califica junto a otros en la lista de los asentamientos de la «Doctrina de Sancto Domingo de Guari»:

«Tiene por anexo esta doctrina un pueblo que llaman San Joan de Yacya que esta a una legua del dicho pueblo de Sancto Domingo, el qual visitó su Señoría y hallo haber en el conforme a la relación que hicieron los indios del dicho pueblo, ciento y nueve indios tributarios y cuarenta y seis reservados y trescientos y seis de confission, y animas quatrocientas y setenta y una, todo lo qual constó por relación de los indios» (Mongrovejo [1593] 1920: 410).

Ya en el año 1593, encontramos en Yacya una cofradía probablemente dedicada a San Juan, todavía patrón del pueblo, constituida por setenta personas. De hecho, Yacya existe, desde ese entonces, como pueblo con su identidad política y religiosa: en un documento del 1566 se nombra como *pachaca* independiente con su curaca: «Cristóbal Chipi de la pachaca de Yaquya» (ADH 526 - prot - caja 2 doc. 2 reg. 9). Desde los datos de la visita de 1593 nos damos cuenta que al pueblo le pertenece también un obraje, de propiedad de los mismos pobladores. En Yacya, el manejo y la explotación de la tierra y de los productos artesanales se queda adentro del grupo, logrando, mediante la comprensión y el bueno utilizzo de instrumentos legales españoles, obtener la independencia de Huari, lo que significa obtener la independencia del poder español.

«Hay una legua deste pueblo unos tornos y obrajes que es de Joan Guamán-guanca, indio principal de dicho pueblo, en el cual hay y tiene de provisión ochenta indios, los sesenta dellos de provisión son mochachos y los veinte tributarios; y de presente no tiene ni le dan más de cuatro indios tributarios y seis mochachos. Tiene este obraje seis tornos y diez telares, está poblado en un sitio muy agradable y bueno (Mongrovejo [1593] 1920: 411).

Yacya, de toda manera, también es fruto de una reducción de la época toledana. Considerando que el sitio prehispánico existe todavía, y que es un lugar de peregrinajes muy presente en la cosmovisión del pueblo hasta hoy en día, podemos darnos cuenta de donde venían y tal vez cuantas eran² las personas que formaron la reducción. El lugar del asentamiento prehispánico se encuentra de hecho a una hora hacia la puna desde la plaza de la comunidad actual, que al tener las ruinas de la iglesia del siglo XVI, debe seguramente constituir la ubicación original de la reducción. Por lo tanto los habitantes de Yacya, contrariamente a los de Huari, fueron reducidos en una suerte de balcón ubicado precisamente debajo del pueblo prehispánico. Esto y la falta de vías de comunicaciones modernas entre Yacya y el centro socio-político del área, Huari,

hace que la comunidad haya podido mantener, más que otros pueblos del área, sus estructuras sociales y religiosas, sobre todo con respecto a su vínculo con el territorio y a los lugares sagrados. A pesar de esto, el vínculo ideológico con Huari es aún muy fuerte y es posible encontrar huellas de este lazo en el mito de fundación de Yacya que se presenta como especular al de Huari.

«Esto ha sido en tiempo de abuelos, entonces Maria Jiray con el Juan Huarín eran pareja habían hecho un acuerdo diciendo vamos a levantar una iglesia el primer que termina va a ser cabecera, entonces la Maria Jiray tremenda iglesia ha construido, esa que se ve, en cambio Juan Huarín una iglesia chiquita había construido, no esa que se ve (en Huari), la antigua, ahora la han modernizado. Entonces en esa época no existían cristianos solamente pajaritos y ellos eran humanos. Entonces la Maria Jiray como era poderosa sus ollitas eran chiquititas chiquititas, la servía a los peones y la aumentaba la comida. Entonces de Huari su esposo sube, y ve la gente cantidad de peones levantando a la iglesia, entonces su esposo le dice 'porqué cocinaste tan poquito para cantidad de gente esta comida no va a alcanzar' 'si me va alcanzar' y el hombre terco, terco no le creía. Llegaron pelear, entonces después de terminar la comida, Maria Jiray dejó el esposo 'contigo no nos comprendemos' y se fue y atrás le fue su esposo y la siguió, siguió, hasta la punta hasta la media vuelta, hasta La laguna Chonta. Entonces dice pe 'Maria Maria esperame', nada, Maria no le hizo caso. Entonces subió subió, agarró su caballo del Juan Huarín y el nada le alcanzó. Pasó por Tocoshpataq, Hatungosh, Shumacpamapa, Wawarumi, Allayaqru, Negrotiashpamapa, Ishqiyagrish, Hatuniagrish, Cunruiog, Pinlluyana allí hay una cueva y aparece una virgen, yo si encontré cuando estaba chiquita - Yanacocha, Cuchinincanto, Shashayacu, Atúnpunqu, Ichicpunqu, Ichicchonta, Hatunchonta. Llegó a una laguna chiquitita no más, cuando ya estaba para acercarse el Juan Huarín la laguna se levantó, allí se metió la Maria Jiray, ya no pude alcanzarla su esposo, y el esposo regresó llorando. Cuando se volteó estaba lavando ya en un lavatorio todo blanco. En Cochinincanto, en la subidita a la

laguna, allí cuando se subió casi se desmayó, cuando regresó allí también hay laguna en temporada de lluvia. Allí había dicho María porqué no me deja hablar, allí no más esperame para hablar unas cuantas palabras, pero no lo dejaba, se regresó y se metió otra vez y afuera lo ha dejado, no la podía agarrar. Las hijas están enterradas adentro de la iglesia, y esas las había enterradas para que no caiga la iglesia, las hijas de María Jiray, dos mujeres» (María e Rosalina, Yacya 2005).

En el mito de fundación la construcción de la iglesia aparece el empuje inicial para la fundación del pueblo. En el imaginario de los pueblos del área la iglesia representa no sólo el centro focal de la vida religiosa, sino parece simbolizar la comunidad misma, en esa se inscribe su identidad y su nacimiento. Además, de la iglesia depende el futuro de Yacya: a través de la construcción de esta el pueblo asume su papel dentro de la escala jerárquica de los asentamientos de la provincia. Yacya pierde la apuesta y se queda como anexo de Huari.

Al mismo tiempo, a nivel interno auto-referencial para la gente de Yacya, es muy importante no es solo la fundación de la iglesia, sino también la subida de María Jiray a la puna, una suerte de peregrinaje a los lugares sagrados hasta el más poderoso: la laguna Chonta. Recurriendo esos sitios María Jiray define los confines del territorio hacia la Cordillera Blanca y sella el pacto con los lugares sagrados fuente de prosperidad y de tranquilidad para toda la comunidad. La fundación de la iglesia marca la entrada de Yacya en la política colonial y su acercamiento al catolicismo, la subida a la puna de María Jiray sella la autodefinición de Yacya como comunidad inextricablemente relacionada a su territorio, con su identidad autóctona orgullosamente ostentada también en la construcción de la memoria y en el manejo del pasado. La adaptación de la memoria para la construcción de una identidad se manifiesta no solo en el mito de fundación sino en las narraciones sobre los antepasados los cuales han dado el nombre al pueblo. El término Yacya procede supuestamente de los Yayarunas, «los antiguos que

usaban el pelo hasta acá, largo, y su barba también, su pantalón también así cuadrado, puro *llanqui* (sandalias de cuero de vaca), *calchi* le decían a los pantalones, de lana no más utilizaban. Pero eran genios, a Huari también los hacían corretear, han sido guerreros los Yayas» (Don Pascual Yacya 2005).

Los datos etnohistóricos avalan la existencia de Juan Huarín como cacique de Huari. De hecho en el manuscrito en que se halla el Título de la Tierra de Yacya, Juan Huarín firma como cacique de Huari en 1622 al lado del cacique de Yacya Antonio Antahuanca. Solo dos años antes visitador Hernández Príncipe indicaba e su informe de visita un «ministro de idolatría» de nombre Juan Huarín Hananpa (Hernández Príncipe [1620] 1923: 29).

Las autoridades de la Comunidad de Yacya se pasan desde hace unos 400 años de mano en mano un manuscrito original fechado 1623³, de 28 hojas bien conservadas, en las cuales se atestan los límites de la tierra de Yacya. El manuscrito, el Título de la Tierra, presenta el camino hecho por las autoridades para medir la tierra y definir los mojones. Los pueblos nombrados y sus autoridades son identificados en sus santos patronos, que además son definidos «padres patronos» de la tierra, entre los cuales se forma un jerarquía así como tenía que existir entre los pueblos. Por esto se dice que «el señor S. Juan Bautista – patrón de Yacya – representa la gracia del señor Sancto Domingo señor de la capital Huari» (Título De la Tierra de Yacya: 6). Más adelante encontramos también mención a la Virgen de la Natividad, que junto con San Juan es lapatrona del pueblo. Los dos patronos son indicados como «padres» de los «indios herederos de la tierra» y dueños de la misma: «con fecha de hoy queda entregado las tierras posadas al padre y facultad del Señor Juan Bautista patrón, i nuestra señora Natividad patrona del mencionado pueblo, como también a sus manos de sus herederos para que gocen» (ibidem: 13); y de nuevo casi a la fin del título: «queda entregado esta sagrada posión al señor patrón San Juan Bautista i nuestra señora Natividad, patrona de este mencionado pueblo» (ibidem: 14). Tanto son dominantes las figuras de los

patronos – el santo y la virgen – que no sólo se identifican con el mismo pueblo yendo a firmar las actas y encontrándose con los santos patronos de los otros pueblos⁴, siendo dueños de las tierras, sino se denuncian como patronos de los mismos indios. Así leemos al folio 14 de la transcripción: «y los indios, indias servirá de yanacoño al patrón i a la patrona hasta el fin del mundo, adornando la Iglesia y los ornamentos que falta sin que no se descuiden de sus obligaciones i mejorando el torre y campanas». Además se delibera que los terrenos de Pariaucro sean regalados a «la señora patrona Natividad i con sus productos de sus terrenos, mejorara la iglesia se tendrá con todos los indios como su yanacoño» (ibidem: 15). De hecho también en los informes de las visitas, ya desde los finales del siglo XVI, se notificaban cofradías en honor de la Virgen de la Natividad en Yacya.

El camino para la designación de los linderos comienza en la quebrada, en Pomachaca, un pueblo que hasta hoy en día se encuentra adentro de los territorios de Yacya, en el punto de encuentro de lo ríos Huari y Mosna. El nombramiento de los mojones y la titulación de las tierras siguen casi por toda la extensión del manuscrito. Aproximadamente muchos de los topónimos se mantienen invariados hasta hoy en día, además algunos de ellos siguen siendo lugares sagrados, o de importancia particular para la comunidad.

Yacya se presenta ya desde la composición de este manuscrito como una comunidad que pone muy en relieve la cuestión de la tierra y sobretodo que sigue con una línea muy dura para lo que concierne los límites de sus propiedades. Con respecto a Acopalca, donde después de la Reforma Agraria se añaden terrenos expropiados a los latifundistas de Huari, en Yacya en cambio se establecen los confines y las propiedades ya en el siglo XVII y de allí la defensa de los territorios sigue vigente, tanto que la reforma agraria del siglo XX no introduce grandes cambios⁵.

Acopalca de Obraje a Comunidad

Desde el año 1562 fecha de su fundación, la comunidad de Acopalca se conoce también con el nombre de obraje. Desde época colonial, este obraje es un centro de producción de cerámica y de textiles, gracias a la presencia de considerables cantidades de ganado y de arcilla apta a la elaboración de ollas. La fundación española del pueblo se basó en la construcción de un obraje, por lo tanto, desde ese momento hasta hoy en día, la identidad del pueblo de Acopalca se ha mantenido sobrepuesta a la del obraje ollero. De hecho la olla se encuentra en la bandera que el último consejo de la comunidad ha hecho confeccionar poniendo «todos los símbolos identificadores de la comunidad de Acopalca y de su gente». El logotipo de la bandera representa una grande olla – uno de esos cantaros altos por lo menos un metro y medio que se fabrican para la producción y la fermentación de la chicha – dentro la cual se encuentran la caja y el pinkullu, instrumentos de los cajeros, los bosques de eucaliptos y la laguna con las truchas.

A pesar de su identidad expresada desde los orígenes por la existencia de un obraje, Acopalca es una Comunidad Campesina reconocida por las leyes agrarias de los años setenta, que tiene un título de la tierra que remonta al 1771⁶. Un documento, conservado por el consejo de la comunidad, fechado 1932, presenta una transcripción de un manuscrito del 1771 donde se señalan los linderos de las propiedades comunales, pidiendo el reconocimiento de esos confines sobre unos terrenos que los comuneros «han estado poseyendo desde tiempos inmemorial» (Título de la Tierra de Acopalca, folio 8 v.). Hoy no existe lo que fue probablemente el primero título de la tierra, el cual, se dice en este manuscrito, se ha «corrompido con el aguacero» (ibidem); un primer título que debía ser precedente a aquello del 1771 que está transcrito en el documento del 1932. Por lo tanto en ese 'segundo' título se mandan a medir de nuevo las tierras y a nombrar los mojones «de colindancia» para restablecer los confines. Aunque no es el primer título, ese documento sella la existencia de Acopalca como comunidad

campesina mediante la propiedad sobre sus tierras. En el título del siglo XVIII, Acopalca se nombra como obraje de Huari y parece no tener su propio «cacique», sino pertenecer a la jurisdicción de Huari. De hecho, en el manuscrito se nombra «don Calisto Guancachaico Cacique i Gobernador del repartimiento del Santo Domingo de Allaucaguari, provincia de Conchucos» (ibidem).

El manuscrito de 1771, copiado en el documento de 1932, atestigua la propiedad de la tierra a la comunidad de Acopalca y certifica el derecho de explotación de la misma para todos los que están nombrados en el «Título» y sus herederos. En el documento, el cacique de ese entonces, Don Andrés León Guaicachaico, y el patrón del obraje Miguel de Briceño, «razón y padrón de la gente de S. Bartolomé de Acopalca comunidad de los cuatros pueblos que son de Chavín, Huantar, Yagya y Huari» (ibidem), nombran, en el año 1738, a todos los comuneros: «treinta y cinco indios originarios y tributarios de la comunidad, catorce indios entrantes con derecho sobre la tierra pues pertenecientes y trabajadores en el obraje, diez viudas y sesenta y dos cholos y cholitas de menor edad» (ibidem folio 10r.). En este punto del documento se comienzan a definir los linderos mediante un camino que se realiza a lo largo de los confines de las tierras acopalquinas, nombrando los lugares que van a ser mojones. El documento sigue delineando y nombrando todos los mojones que todavía indican lugares específicos y significativos para la comunidad, estableciendo el derecho sobre la tierra para todos los comuneros, dividida en partes iguales y concedida en usufructo a las familias con la prohibición de venderla y donarla, porque la propiedad se queda en la figura de su majestad. «Así están como las que se le señala por reparticiones, las gocen i posean por si sus herederos i sucesores presentes i por venir [...] repartiéndolas igualmente [...] i por tener derecho todos los dichos indios, con la condición de que no las puedan vender, donar, traspasar, ceder, ni posponer en partes ni en todo de ellas, censo ni porción alguna por quedar el derecho de la propiedad a su Majestad» (Título de la tierra de Acopalca folio 15 v.).

El hecho que Acopalca haya sido un obraje, y que hasta pocos años atrás desarrollaba intercambios de productos – cerámica con bienes alimenticios – hasta las definidas «tierras bajas»⁷ para adquirir productos externos a su capacidad agrícola, ha un poco favorecido la apertura hacia el exterior de la comunidad. Sin embargo los cambios que en estos años se están produciendo, muy velozmente con respecto a la lentitud de los siglos anteriores, se deben atribuir a las influencias resultantes de Huari, donde en los últimos cinco años se han registrados considerables mutaciones sobretodo debidas a las nuevas formas de comunicación.

Hasta hoy en día, la gente de Acopalca sigue siendo llamada *shashal pupu*, ombligo de *shashal*⁸ es decir ombligo negro, siendo la *shashal* una piedra utilizada en la producción de cerámica, que junto con la producción de textiles era la actividad principal del obraje de Acopalca. Acopalca, desde la primera época colonial, ha sido considerado «un obraje» más que un pueblo. A lo largo de la disertación veremos que hasta nuestros días esta diferencia resulta elemento focal de una disímil consideración hacia esta comunidad, con respecto a la visión que la gente del lugar tiene hacia Yacya, no solo bajo el aspecto económico sino también para lo que concierne el ámbito cultural y social. Esta diferencia resulta relevante y más comprensible mediante un estudio de los datos etnohistóricos que ratifican y sobretodo explican la condición moderna de la comunidad de Acopalca. Así relata Toribio de Mongrovejo sobre Acopalca:

«hay a media legua deste pueblo (Huari) un obraje en el cual se ocupa la gente de los pueblos siguientes» (Mongrovejo de T. [1593] 1920: 409). La gente trabajante en Acoplaca provenía desde casi todos los pueblos de los alrededores Chavín, Huantar, Yacya, Llamellin, San Luis y la misma Huari, «son por todos trecientos y setenta y cinco personas las que hay en el dicho obraje, en el cual hay noventa tornos y trece telares» (Mongrovejo de T. [1593] 1920: 410).

La historia de Acopalca está netamente vinculada con la del obraje, aunque en Yacya también hubo un obraje así como en muchos otros pueblos del Callejón de Conchucos, nunca la identificación entre pueblo y obraje ha sido tan fuerte como para Acopalca. De hecho Conchucos desde época muy temprana se constituye como lugar de obrajes de cerámica y de manufactura textil, deviniendo un importante centro de producción.

Es interesante notar cómo en la visita de Santo Toribio no se cite el nombre Acopalca sino se utilice siempre el término «obraje» para referirse a esa comunidad. Así que desde la creación nos damos cuenta cómo la identidad del pueblo se concrete con base a la existencia de un obraje, «el obraje cerca de Huari». Quizás por esta razón también el vínculo con Huarí se delinea, desde temprano, mucho más estrecho que en Yacya. Hasta la reforma agraria de los '70 la mayoría de las tierras de Acopalca han sido de hecho propiedad de familias huarinas. Hasta hoy en día, los comuneros hablan sobre la poca importancia de la agricultura en Acopalca y la gente de Huari comenta la falta de capacidad de los comuneros acopalquinos hacia la agricultura, porque hasta diez/quince años atrás ellos, mas que todo, vivían cambiando su producción cerámica con productos alimenticios. La relación con Huari se precisa por una mayor dependencia de Huari ya sea real o simbólica. Si en Yacya se sienten parte de la comunidad definida por la tierra de la cual son propietarios y que explotan desde el siglo XVI, en Acopalca desde la misma época han trabajado por dueños huarinos sea como gente del obraje sea como campesinos, no obstante el Título de la Tierra remonte al siglo XVIII (confronta cap. IV). Por lo tanto la distinción con Huari se establece también bajo un reconocimiento de superioridad social de la gente originaria de la cabecera municipal, que en las palabras de los acopalquinos se vuelve una superioridad étnica. De manera ambigua y contrapuesta, los acopalquinos se definen «indios» en contraposición a los «mestizos» o «españoles» de Huari, por un lado con orgullo y por otro lado con un sentimiento de inferioridad⁹.

En Acopalca – como en Huari y en Yacya – el mito de fundación se confunde con la historia y a menudo, en las palabras de los narradores, la época en que fue constituido el obraje deviene la época del mito. El origen de Acopalca se refleja, como el de Yacya, en aquel mito colectivo de Huari y las tres comunidades – considerando también Cajay. En este caso la heroína es María Rupaya (*rupay* significa calor del sol, sol), la cual en algunas versiones asume el rol de dueña del obraje y que se encuentra a apostar con los demás hermanos. Al final del mito también la heroína de Acopalca se mete a la laguna de Purhuay, aunque se dice que ya no se encuentre por allá sino que se haya movido hacia una laguna más lejana en la puna, una laguna no mansita por la frecuentación humana, una laguna todavía «chucara» es decir salvaje¹⁰.

En Acopalca, sin embargo, existe un mito de origen a través del cual se explica no sólo la fundación del pueblo, sino la procedencia de los primeros habitantes del área. Origen que, así como el camino de María Jiray a la puna, resulta 'inscrita' en algunos elementos del territorio hasta hoy en día considerados sagrados y poderosos.

«Según la creencia habían dos lagunas Purhuay y la laguna de Reparín de allí surgieron los Huarirunas hombres grandes. En las dos lagunas habitaban dos deas que mandaban las dos poblaciones originarias que estaban en Naupa Marca y en Marcajirca¹¹, sobre dos cerros que se miran y de donde se hablaban, también ahora siguen hablándose de un cerro a otro los awilitos. Cuando los españoles llegaron engañaron la gente porqué en lugar de las dos divinidades originarias pusieron la Virgen de la Consolación¹², para consolarlos de la pérdida de las dos deas. Estos hombres tenían pelo hasta acá, pantalón calchi de bayeta, verdaderamente indios, la gente ha nacido acá en este mismo lugar. Los huanca guerreros eran mandados por la gente de Marcajirca, allá por la punta se paraba el de Marcajirca, allí no era ciudad no vivía la gente allí, allí lo que había era el lugar estratégico para declarar guerra y hacer defensa. El lugar primordial era esta comunidad de Acopalca,

*Pueblo Viejo y Cashapayan*¹³ los dos se comunicaban, en dos cerros, allí habitaban los hombres antiguos y cuando había guerra los huanca salían a combatir guerra contra los chavinenses, contra otras culturas, los huanca guerreros eran de Acopalca de esta zona, y de Yacya. En Acopalca las personas son bien distinguidas igual lo de Yacya, son indios, legítimos indios. Ellos como eran obraje hacían ollas y no sembraban nada, estas ollas las llevaban a otras comunidades donde había cantidad de sembrío y hacían cambio, trueque, hacíamos llegar con 7, 8, 9, 10 burros con ollas cargadas cantidad de trigo, papas traían sin trabajar era un tipo de adquirir. Y cuando empiezan así a sembrar por los años 70, después de la reforma. Cuando hemos olvidado hacer ollas se perdió el obraje.» (Amancio, Acopalca 2004).

La narración abarca cuestiones muy ínsitas en el pueblo y compartidas por la comunidad. En ese contexto definirse «indios» asume un valor positivo y ser originario de la comunidad expresa una suerte de orgullo dependiente de la procedencia: «los hombres grandes» que poblaban esta tierra. El concepto de ser «indios» a este nivel se relaciona con la reconstrucción del propio pasado y la necesidad de encontrar una definición y una identificación dentro de las categorías predefinidas por otros, intentando dar a estas clases su connotación originaria despojándola de las connotaciones socio-económicas coloniales. Cuando, en cambio, la contraposición entre 'indios y mestizos' se desarrolla a nivel contingente, esa trae consigo un juicio negativo (veremos más en específico que cosa significa, porqué y hacia quien se produce el juicio, en los capítulos siguientes).

El vínculo con las lagunas como lugares de origen, expresado por el cuento, ofrece otras motivaciones de complacimiento y de orgullo en el acopalquino que se considera descendiente de estos antiguos pobladores. Puruhay y Reparín son lugares pródigos de riquezas para el hombre que mantiene correctamente la relación de reciprocidad con su territorio, desde las lagunas pueden salir animales increíblemente fértiles o semillas sorprendentemente

fuertes, sin embargo las mismas lagunas pueden castigar a los que evitan o descuidan tal relación. Explicitar un lazo de ese tipo en el cuento de origen, apreciando el haber salido de Puruhay y Reparín, significa producir un juicio positivo hacia todos los que descienden de esos primeros pobladores.

El pasado de Acopalca y la manera de manejarlo por parte de sus habitantes asumen aspectos y valencias diferentes según el contexto. El haber sido un obraje desde la primera época colonial ha provocado una suerte de racismo hacia los acopalquinos, la definición «indios del obraje» suena, y sonaba, en muchos contextos como despreciativa aludiendo a obreros humildes sin instrucción; como reacción ellos quieren y han querido que ese pasado sea olvidado. Por otro lado el «indio del obraje» se siente valorizado por su origen cuando éste se relaciona a los antiguos pobladores del mito, y también la manera de vivir del obraje – «sin trabajar» se dice en el cuento – pasa a ser un modo para distinguirse de las otras comunidades habitadas sólo por campesinos.

(Notas)

¹ En los documentos coloniales del área se utiliza el término *pachaca* para indicar un núcleo de cien familias, lo cual parece ser la versión ancashina de *ayllu*, pero no tenemos confirmaciones en la época moderna, pues hoy en día se utiliza el término *ayllu*. (Véase también León Gómez 1994). Lo que no es claro, en los documentos revisados en los cuales aparece el término, si con el término *pachaca* se indicase el mismo pueblo o una parte de eso (grupos – parentales – adentro del mismo pueblo), aunque por supuesto el uso que han hecho los españoles no necesariamente presupone una perfecta comprensión del concepto indígena, sin embargo a veces parecen usarlo como sinónimo de pueblo otras veces para una parte solo de eso (ADH 385 - prot - caja 2 doc. 2 reg. 4; ADH 394 - prot - caja 2 doc. 2 reg. 5; ADH 526 - prot - caja 2 doc. 2 reg. 9; y otros).

² Esperamos los resultados de los recorridos y de los trabajos arqueológicos para esbozar unos números sobre la cantidad de presencia humana en el sitio de Yacya.

³ Agradezco a la Comunidad de Yacya para haberme dado la posibilidad de leer y utilizar el manuscrito, además agradezco a el Presidente del Consejo para haber puesto una conclusión positiva a mi búsqueda del documento cuando, después de varias pesquisas, lo encontré en el medio de la puna a lo largo del camino a la laguna Chonta, y me dio el permiso de llegar a su casa para fotografiar el manuscrito.

Acopalca y Yacya: El origen de dos comunidades huarinas

⁴ Confronta capítulo V, sobre la personificación del pueblo en sus santos patronos.

⁵ Junto con el manuscrito y otros pliegos importantes que resumen la 'biografía' de la comunidad, se encuentra también un documento de 1982 en el cual la Subprefectura de Huarí transcribe todo el manuscrito original para resolver una causa de terrenos entre Yacya y algunos vecinos.

⁶ Agradezco a la comunidad de Acopalca y a su Consejo que me permitió leer y utilizar el documento que el Consejo de la Comunidad guarda celosamente desde hace siglos. Agradezco Amancio Santiago para haberme proporcionado una copia de tal documento.

⁷ Los pueblos más tocados por este tipo de trueque se encuentran hoy en día en la provincia de Huarí, se trata más que todo de Ranuapampa, Masin, Rapayan, Uco, a veces hasta deslindar en la provincia de Huanuco.

⁸ La plombagina, la piedra llamada *shasha* que en quechua significa «frio-frio», deja manchas negras sobre la piel y sobre cualquier cosa toque, se parece mucho a la pizarra, y se utiliza hasta hoy en día como desgrasante en la fabricación de cerámica en toda el área de Conchucos. Para una disertación completa sobre los materiales y las producciones actuales véase Druc C. I. 2005.

⁹ En el capítulo siguiente, veremos en detalles estas definiciones y lo que comportan en la relaciones socio-cultural de los tres pueblos.

¹⁰ Confronta el Capítulo V sobre este tema.

¹¹ Ñaupamarca y Marcajirca son lugares de ruinas prehispánicas.

¹² Hoy Virgen patrona de Acopalca.

¹³ Pueblo Viejo y Cashapayan son lugares de ruinas prehispánicas.

BIBLIOGRAFÍA

Antunes de Mayolo, S.

1929 - La Conquista Incaica de las Tierras de Huarí.
En: El Comercio, 13 de Junio de 1929; Lima.

Amat Olazábal, Hernán

1971 - Informe Preliminar de las exploraciones del PEAE. Zona II. Ancash.
En: Arqueología y Sociedad, N° 5. Museo de Etnología de San Marcos; Lima.

1974 - Ecosistemas y Secuencia Cultural del Valle del Mosna. Pp. 220.
Tesis para optar el grado de Bachiller. Universidad Nacional de San Agustín.
Programa Académico de Historia y Antropología; Arequipa.

1976a - Las Formaciones Agropecuarias de los Periodos Formativo, Desarrollo Regional, Imperio Huarí y Estados Regionales de Ancash. Pp. 340.

Tesis Doctoral. Universidad Nacional de San Agustín. Programa Académico de Historia y Antropología; Arequipa.

1976b - «Estudios Arqueológicos en la Cuenca del Río del Mosna y en el Alto Marañón».

En: Actas del LI Congreso Internacional de Americanistas. 532 - 546. Tomo III; México.

1980 - Los Yaros Destruidores del Imperio Wari.

En: Actas del III Congreso del Hombre y la Cultura Andina. Tomo II; Lima.

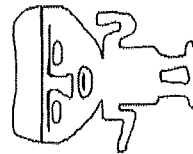
2003 - «Huarás y Recuay en la secuencia cultural del Callejón de Conchucos: Valle del Mosna».

En: Arqueología de la Sierra de Ancash, primera edición. 97-120. Bebel Ibarra Editor. Instituto Cultural Rvna; Lima

HISTORIA PREHISPANICA DE HUARI

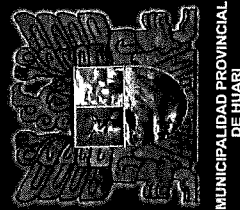
DESDE CHAVIN HASTA LOS INKAS
3000 AÑOS DE HISTORIA

BEBELIBARRA ASENCIOS
Editor



INSTITUTO DE ESTUDIOS HUARINOS
IDEH

2009



La Municipalidad de Huarí, a través del Fondo Editorial Ventana Andina, busca publicar los trabajos de los investigadores y escritores huarinos, contribuyendo de esta manera a la difusión de la cultura de nuestro pueblo.

Historia Prehispánica de Huari:
Desde Chavín hasta los Inkas 300 años de Historia

Editor
Bebel Ibarra Asencios

Corrección de Textos y Estilo
Arturo Noel Espinoza
Cristián Vizconde García
Sonia Ríos Villar

Edición de Fotos y Planos
Bebel Ibarra Asencios
Cristián Vizconde García
Margarita Brikyte

Logística
Yuri Lazaro Peña
César Blas Chávez

Diagramación y Portada
Bebel Ibarra Asencios

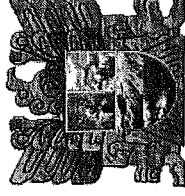
© Instituto de Estudios Huarinos S.A.C
Av. Magisterial 473. Vira. Huari. Ancash Perú. Telf. 043 45 30 30

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú N°: 2008-16079
ISBN 978-603-45405-0-7

Impreso en Perú. Printed in Perú. 2009

Imprenta Solvima Graf. SAC
Jr. Saint Saenz 670. San Borja. Telf. 01-4761206

Publicado con el Financiamiento del
Fondo Editorial Ventana Andina de la
MUNICIPALIDAD PROVINCIAL DE HUARI



Municipalidad Provincial
de Huari

AGRADECIMIENTO

Nuestro agradecimiento a la Municipalidad Provincial de Huari y su Alcalde Sr. Edwards Vizcarra Zorrilla, por el financiamiento de la presente publicación, asimismo nuestro reconocimiento por apoyar la cultura y la investigación de nuestro pasado.